

Recuerdos de Malú Gatica

Una trágica Alicia en el país de las Maravillas

HERNAN MILLAS

Irradiaba alegría y optimismo, aunque su existencia superó la trama de cualquiera telenovela. En su infancia, la madre le dijo que era la hija no deseada; después, en un infeliz matrimonio, le arrebataron a su pequeño; y en los últimos nueve años debió luchar contra el cáncer.

Su única hermana **Paulina**, que reside en Lima, y que le dio sobrinos y sobrinos nietos, y que ahora vino a cerrar sus ojos, tuvo el encargo de repartir sus únicos bienes: cuatro gatos, a quienes encargó que los confiara a personas que los quisieran.

Porque **Malú Gatica** jamás tuvo casa propia ni auto. Vivía al día, de lo que percibía por sus actuaciones en el teatro y en televisión, más una pequeña pensión de gracia que le otorgó el Presidente **Aylwin**. El jurado que discernía el Premio de Arte, siempre la postergó. Sí recibió la Orden al Mérito Gabriela Mistral en su grado máximo de Gran Oficial, aunque sólo fuera banda y diploma.

En los últimos años, había arrendado, primero, una casa en el barrio Bilbao; luego, otra en Bellavista; y después, otra en Vitacura, moradas que compartía con su permanencia en una clínica.

Y lo que ganaba, se le escurría en los elevados costos de la enfermedad, pese a que desde Aspen, Colorado, su hijo le enviaba constantes giros.

Su despedida

Nunca gustaba hablar de dinero "porque una dama no debe hacerlo", pero sí admitía que hacía suyo lo que le escuchara a **Omar Sharif**: "En esta etapa de la vida, se agradece cualquier contrato que a uno le ofrezcan". Y hasta sus últimos días, convertida en leyenda, siguió actuando en la teleserie de UC-TV, *Eclipse de luna*. El propio ejecutivo **Eleodoro Rodríguez** inquiría, al comienzo de una teleserie, si Malú tenía allí un papel, un rol que fuera digno de ella.

Pues uno de los dones de ella fue hacerse querer. Y correspondía a ese afecto. En la última escena que filmara, días antes de internarse en la clínica, se dirigió al reparto, y les dijo: "Adiós a todos... Los quiero mucho". Además, quienes estuvieron más cerca de ella, reci-

bieron una tarjeta, a manera de despedida, con su fotografía y una dedicatoria, agradeciéndoles los momentos compartidos.

Aunque una vez definió su vida como la de Alicia en el país de las maravillas, lo cierto es que aquello pudo ser hasta los 27 años. Desde entonces, su existencia se pareció a la más infortunada de las obras que llevó a escena o a una de las telenovelas a la antigua que buscaba el *rating* con el padecimiento de sus personajes.

Nacida el 15 de enero de 1922 ("las de Capricornio somos perseverantes", decía) en Purén, caserío campesino de Malleco, en el fundo maderero de su abuelo materno — un francés de la Alta Saboy, que le dio una abuela alemana de Baviera—, tuvo una infancia no siempre feliz. Sus padres no se llevaban bien y, en una ocasión, su madre tuvo el mal gusto de confesarle que ella era la hija no deseada, porque se embarazó cuando iban a separarse. En favor de su madre, dice que ella sufrió "mil humillaciones y no pocas privaciones". La familia de su padre "no la tragaba", le decían "esa gringa del sur". Tanto, que ella decidió volver a su casa de sus padres.

La pareja volvió a reunirse cuando a él le salió un buen contrato en el extranjero. Su padre, **Roberto**



Con su hijo León, en Aspen, Colorado (Verano de 1979).

Gatica, era periodista y fue contratado para trabajar en las ediciones en español de la NBC (National Broadcasting Company) cuando Malú tenía siete años. El contrato era tan bueno que pudieron darle una institutriz francesa y, luego, enviarla a buenos colegios. Pero lo más importante para ella, es que tenían una empleada negra llamada **Grace** que, cuando los patrones no estaban, cantaba *spirituals* y *blues*. "Ella cantaba como los dioses —recordaba—. Tenía una voz

facilidad para traspasar las melodías a la guitarra.

Cuando ya se sintió fuerte, le rogó a su padre que le consiguiera una audición en la NBC. La escucharon y la contrataron por un año. Recién cumplía los 16. De esa época recuerda que **Gregory Peck** era un muchacho acomodador en la sala del estudio.

Cuando "Los Cuatro Huasos" llegaron a Nueva York, en 1939, a cantar en la Feria Mundial, le enseñaron varias tonadas chilenas. A ella la había picado el bichito del teatro y, sin decirle nada a nadie, se presentó a la Academia de Arte Dramático de Carne-

gie Hall y pasó el examen de admisión.

"Como sólo aceptaban a veinte alumnos nuevos cada año, me sentí dichosa. Flotando en el aire llegué a nuestro departamento de la calle

52 Este y, orgullosa, informé a mis padres que estudiaría teatro... ¡sólo para encontrarme a los pocos días embarcada rumbo a Chile!", cuenta en su libro *Memorias para Olvidar*, de Editorial Andrés Bello. Para su padre, "no estaba del todo mal cantar, pero otra cosa era que su hija fuera a juntarse con 'gente de mal vivir'".

Su pasión

Para Malú, el teatro era lo máximo. Siempre recordaba el efecto que le causó a los quince años ver a **Margarita Xirgú** en *Doña Rosita, la soltera*. Decía: "Una canción dura tres minutos. En cambio, una en el teatro dispone de dos horas para contar una historia y lograr que ese público sienta las emociones de sus personajes".

"Los Cuatro Huasos" le dieron una recomendación para radio Agricultura. Allí, empezó a cantar con la

orquesta de **Vicente Bianchi**. "Sin sospecharlo —relataba—, mi programa era escuchado en un auto por el productor de cine chileno **Pablo Petrowitsch** y un amigo. Yo interpretaba en esos momentos *Begin the Beguine* y Petrowitsch comentó: 'Si sólo encontrara una voz como esa en una chilena, la contrataría'. El amigo le dijo: 'Pero si es chilena! Es Malú Gatica cantando en inglés. De lo único que tienes que preocuparte es de convencer a la mamá, porque la chiquilla sólo tiene dieciocho años'".

Y sin tener idea de actuación, Malú pasó a hacer papel de una vampiresa en la película *Verdejo gasta un millón*, hecha para lucimiento del actor cómico **Eugenio Retes**. El director era **Eugenio de Liguoro**. En un galpón en la Cuarta Avenida, en San Miguel, nació el estudio de cine de **Ricardo Vivado** (dueño de radio *El Pacífico*) y **Eugenio de Liguoro**. El éxito de la cinta llevó a filmar *Verdejo gobierna en Villaflores*. Por esa fecha, su padre había muerto.

Al recordar aquella época hacía una acotación: "La gente joven me pide fórmulas para triunfar en el teatro. Con la idea errada de que ser actor y la fama son una misma cosa. Cuando trabajé en *Verdejo gasta un millón*, filmábamos de madrugada en pleno invierno, y a cuatro grados bajo cero, y con escotados vestidos de noche, en unos estudios que, en realidad, se reducían a un galpón en el barrio San Miguel. Se filmaba a esa hora para evitar los bocinazos. Me ponían *whisky* entre las mandíbulas para que pudiera mover la boca. Por eso, a los jóvenes les aconsejo



Malú y su marido Eugene Felle, en México (1948).

trabajar duro para salir adelante”.

Fue en esos días, cuando recién filmaba, que **Orson Welles** se alojó en su casa. Aún no realizaba *El Ciudadano Kane*, pero ya había saltado a la fama con la transmisión radial de *La invasión a la Tierra de los marcianos*. En su visita a Chile, alojando en el Carrera, para evitar el asedio de la gente, le solicitó a un distribuidor que le buscara una casa de familia norteamericana. Este pensó en el hogar de Malú, ya que habían vivido en Nueva York y hablaban bien el inglés. A Malú, le aconsejó que si le gustaba el teatro, abandonase todo para dedicarse a éste y le ofreció ayudarla, si volvía a Estados Unidos. Años más tarde, se volvieron a ver en México. Ella estaba próxima a casarse con el actor **Gustavo Rojo**. Welles le recordó el consejo.

En el exterior

Después de los Verdejos, Malú pasó al cine argentino, trabajando en una comedia bajo la dirección del francés **Pierre Chenal** y, luego, con **Silvia Legrand**. Al mismo tiempo, asistía a clases de teatro en el conservatorio del actor **Cunil Cabanellas**, en Buenos Aires. Su madre se había casado de nuevo y, curiosamente, este padrastro la apoyaba más que su padre en su empeño de ser actriz. Más tarde vino México, donde hizo varias películas, pero donde su mejor recuerdo fue que allí realizó su sueño de trabajar en teatro bajo la dirección de la actriz francesa **Madeleine Ozeray**, en el Teatro Bellas Artes.

Fue en México donde conoció al hombre que la dejaría marcada para siempre. Se llamaba **Eugene Fell**, agregado militar de Estados Unidos. Buenmozo, la asedió enviándole canastillos de flores. Su madre, que había ido a visitarla, le hizo claque: “Es el mejor partido que has conocido”. El tenía 30 años; ella, 26. Malú, que había sufrido por las malas

relaciones de sus padres, dice que se propuso que su matrimonio fuera feliz. Pero no tuvo suerte. Su primera decepción fue cuando él, en la luna de miel, le dijo que debía compartir con ella mil dólares. ¿Por qué razón? Pues había apostado mil dólares a un amigo que él la conquistaba.

Los desencuentros se sucedieron. Ella puso todo de su parte: abandonó el teatro y el cine y lo siguió a Wichita, Kansas. Allí, al año siguiente, en 1949, nació su hijo **León**. Su llegada no logró salvar el matrimonio. Lejos de eso, Fell le reveló que había dejado de amarla y que quería el divorcio. Ella pensó que le darían la tuición

de la criatura. Profundo error. Malú, en su última entrevista en televisión, el 30 de abril último, en el programa *Humanamente hablando*, le confiaba a su conductor **Alfredo Lamadrid**: “El divorcio fue bastante peleado y su abuela materna me lo quitó. Yo cerré la página, porque sabía que estaba en buenas manos y porque no tenía dinero para pelear con el bufete de cuatro abogados que tenían ellos...”.

Delicada manera de Malú al calificar el juicio de “peleado”. La realidad es que fue bastante sucio. La defensa del marido llegó a sostener que ella, aparte de carecer de recursos, no era un modelo de

madre, pues “trabajaba de noche”.

A Lamadrid, quebrándose, le confesaba: “Es mi gran mea culpa, mi gran dolor, no haber luchado bastante por él. De hecho, cuando yo vivía en California me fui a Kansas, donde él estaba, decidida a raptarlo y traérmelo a Chile. Pero una amiga que trabajaba en el Registro Civil me dijo que lo pensara, porque en la frontera me podían atrapar y meterme en la cárcel 20 años”.

Primeros pasitos

Siempre Malú arrastró ese dolor: “Lo más triste —le escuché decir una vez— fue no ver su primer pasito, no oír su primera palabra. ¿Pronunciaría mamá?”.

Volvió al cine (tres películas en Hollywood), regresó al teatro (en Madrid, Barcelona, Buenos Aires) y en Chile trabajó con **Alejandro Flores** e hizo teatro de cámara con **Miguel Frank**, en el Atelier y el Petit Rex. En escena, junto a **Emilio Gaete**, parecían formar la pareja teatral ideal. En 1965, creyó volver a estar enamorada, pero él era casado y no podría aceptar deshacer un hogar. “Yo creía que no tenía futuro y tenía 43 años nada más. Entonces, caí en una especie de enajenación. A esa edad sentía que estaba envejeciendo mal y que no me iban a volver a contratar o a amar. Me sentía completamente desechable y por eso me quise bajar del bus”, le confidenciaba a Lamadrid. Superó el intento de suicidio.

Se recuperó. Aprendió hasta a querer la soledad. Solía repetir una frase que escribió **Alone (Hernán Díaz Arrieta)**: “La soledad es maravillosa siempre que haya alguien a quien contárselo”.

Tuvo, después, una gran alegría: su hijo **León**, que ya tenía 32 años y era publicis-

ta y empresario en Aspen, Colorado, reapareció en su vida. Su padre (“por eso, sólo le perdono todo”), estando enfermo, lo llamó y le dijo: “Quiero hablarte de tu madre...”. Y le reveló una verdad que siempre le fue negada. Le entregó, además, una caja de fotos, cartas y recuerdos.

En ese verano de 1979 se produjo el reencuentro. Malú viajó a Aspen. En una foto, ambos están juntos. Pareciera que ella quisiera jugar con él, llenarlo de mimos, como tratando de recuperar los años de infancia que les fueron negados.

La nueva prueba la tuvo Malú en vísperas del Año Nuevo de 1988. Sintió el dolor de lo que podía ser una apendicitis. Pero los exámenes dijeron otra cosa: cáncer gástrico. Debía preguntarse, como muchos otros seres en iguales circunstancias: “¿Por qué yo...?”.

“Al principio —contaba— no me asustó la idea de morir. Pensaba que uno debe vivir mientras se es útil. Pero todo cambió, cuando volví de la operación y a mi lado me encontré con el rostro de mi hijo, que había corrido a mi lado. Me dije: “Tengo que seguir viendo esta carita un tiempito más que sea”.

Preguntó a los médicos cuánto le quedaba de vida. “Seis meses”, fue la respuesta, pero podrían ser más si ella aceptaba luchar. “Les dije que me sometía a todo. Me tocaron unos médicos maravillosos y quise corresponderles como la paciente más sumisa y agradecida”. Así, aunque sometiendo a cuatro operaciones y manteniéndose en tratamiento de quimioterapia y radioterapia, pudo alargar su existencia durante nueve años. La última intervención fue en abril. Y también, al regresar de la anestesia, halló a su hijo a su lado. El, ahora, se desempeñaba como instructor de esquí y entrenador de volleyball en Aspen.

La actriz **Sonia Viveros**, que estaba junto a Malú en el instante de su deceso, llamó a **León Fell**. “Lo único que hacía era llorar por teléfono”. En noviembre, él vendrá a esparcir las cenizas de su madre en su Purén natal. ■



Dos capricornios discuten: Cary Grant y Malú, en 1947.



En México, 1947.

■ *Malú confesaba: “Tengo una deuda conmigo. En mi vida rechacé a toda la gente que me tendía la mano. A Orson Welles le dije que no me interesaba el cine. Me conformé con una mediocridad discreta y tuve miedo a triunfar”.*

“Puse freno a las patas de mis caballos”

En los últimos años, cuando volvía de las filmaciones, escribía. Decía: “Como toda actriz soy vanidosa y tengo el afán que me recuerden un poquito”. En dos libros reunió las anécdotas que más recordaba de su existencia.

Y además, comunicaba sus sentimientos. En éstos participaba su alegría de vivir, lamentando que ese amor “por los que dio el Creador”, lo descubriera en su plenitud cuando tenía los días contados. Y, en la conversación el 30 de abril con Alfredo Lamadrid, le decía: “Ver aparecer un nuevo día aunque esté nublado, es una fiesta. Ver una obra como *El Tranvía llamado deseo*, es la mayor de las gracias. Y ahora sólo pido que llueva e ir a recoger al jardín el diario mojado. Todas estas píldoras de felicidad que da la vida, son mi mejor tratamiento cuando sufro dolores”.

En sus dos libros hizo estas anotaciones: “Creo que Dios es tan sabio que hace más difícil la vida de los viejos para que no duela dejarla. Y consigue que los viejos siempre piensen que todo

tiempo pasado fue mejor, para que vayan viendo la vida un poco menos agradable y no les importe partir”.

“Toda mi vida había sufrido la angustia de no ser una muy buena creyente. Observante, a veces, y las únicas oportunidades en que le pedía algo a Dios eran fuerzas para sobrellevar ciertos momentos duros de mi vida. Pero, por lo general, no pensaba en Él. No voy a decir que ahora me haya convertido en una católica ferviente, sino que pienso que soy parte de todas las religiones. Me he convertido en parte de un cosmos religioso... En este momento sí pienso que somos un humito, una hormiguita..., que tenemos una vida prestada para algo... En estos años me he hecho de un buen amigo. Es Jesús”.

“Cuando era joven, no faltaba el señor que se me aproximaba insinuante y me decía ‘yo conocí mucho a su papá’. Ahora se me acercan treintones guapetones que me dicen: ‘usted conoció mucho a mi papá’. ¿Será posible? ¿A dónde se fueron los años en forma

tan vertiginosa? Pronto habré conocido al abuelo”.

“El broche de oro de los comentarios sobre mi conservación física se le escuchó a una dama a la salida del teatro donde representé *La muerte de un vendedor*: “Lo que más le celebro a Malú es que todavía tenga las piernas tan derechas”. ¿Cuándo se termina de ser una persona de prestigio para convertirse en una persona de vestigios?”.

¿A qué negar que los gatos me dominan? Cuando pequeñita, desde la puerta de la cocina en Purén, los divisaba, salvajes, temerosos, flacos, hambrientos, con mirar huidizo. El menor movimiento los hacía desaparecer; por lo tanto, yo me quedaba horas inmóvil junto al plato de leche que había robado para ellos... Siempre, desde entonces, ha habido uno o dos gatos en mi entorno. No necesariamente foinos. Los más fascinantes pertenecen a la raza más antigua: los de tejado. Llegan a mí porque nadie los quiere. Hay comunicación: por acuerdo tácito me comprometo a invertir en ellos mi tiempo y mi dine-

ro, y ellos, a cambio, ronronean y levantan la cola. Esa es su mejor demostración de aprecio; cuando algo les molesta, sus orejas se agachan hacia atrás y la cola se mueve de lado a lado como un látigo. ¿Qué como puedo quererlos? Pregunta superflua. El gato es el único animal silencioso (salvo cuando tarda en llegar su comida) y yo necesito el silencio a mi alrededor. Favorece la meditación y la concentración”.

“Agradezco a Dios que me haya hecho piticiega. A mis años, la miopía me impide descubrir las arrugas”.

“Tengo una deuda conmigo. En mi vida rechacé a toda la gente que me tendía la mano. A Orson Welles le dije que no me interesaba el cine. A Oscar Hammersley, rey de la comedia musical de Broadway, que no me gustaban las canciones chilladas sino susurradas. Me conformé con una mediocridad discreta y tuve miedo a triunfar. Yo misma puse freno a las patas de mis caballos. Sólo a mí puede culparse de que las fabulosas puertas que se me abrían se cerraran luego una a otra”.